

Genesis 9:3-5

Restitución es Restauración



Sublime
Gracia

La palabra del Señor es Eterna y se cumple en aquellos que ha llamado para restauración en Él.

En la Palabra dice: *“Todo lo que se mueve y vive se los he dado para mantenimiento”*. Teniendo en cuenta el contexto y lo que venimos estudiando, esto hace referencia a todo lo que tiene **“VIDA”**, sabiendo que la **VIDA** es Cristo.

En el **verso 4**, el Señor hace un énfasis queriéndonos enseñar que no puede ser de manera diferente. Y en el **verso 5** nos hace referencia a que investigará. **Cuando habla de “éste ‘Adam”**, habla del **’Adam caído**.

La Palabra nos dice que todo lo que se mueve o vive será para mantenimiento, pero, para poder dimensionar esto, necesito comprender y entender qué es ser o estar compatible para Dios. Esto depende de dónde se encuentre mi corazón.

La Palabra enfatiza: *“Pero carne con su vida no la comerás”*. Allí está el énfasis; es allí donde debemos poner nuestra atención. Esto es lo que me devuelve a la identidad.

El mantenimiento está ligado con el consuelo. Él nos dijo que era muy conveniente que se sentara en el trono para que se cumpliera todo lo hablado y escrito. Así, nos envía al Consolador, el cual va a permitir que tengamos el mantenimiento para llevar a otro a Cristo. Cuando vuelvo a la identidad entro en restitución; es decir, recibo lo que nunca habíamos tenido. Entonces, el volver me hace apto/compatible para devolver a otros la **VIDA** que me ha sido entregada **Cristo**.

El Señor está haciendo algo sobrenatural: volver a educar a toda la generación (humanidad) que nació después del primer ‘Adam, pues éste descartó la educación y no capacitó a Eva para caminar en ella. **Los que volvemos al orden recibimos esa restitución.**

Cuando el texto habla de su garganta, del pescuezo, la **néfesh**, podemos entender que, de acuerdo con aquello de lo que está siendo sustentada mi vida, asimismo voy a poder entregar el mantenimiento a otros.

Ezequiel 3:16-21 y **Ezequiel 33** nos hablan de la sangre que demanda el Señor al atalaya por no haber advertido correctamente. Es por esta razón que debemos ser tratados a un nivel de investigación tan alto hasta hacerse visible aquello que está dentro del plan y el mantenimiento del Señor en mí; **debe comprobarse qué es lo que me sostiene**. Esto es lo que evita que me quede con lo que no es mío para que la gloria sea entregada a Dios.

Cuando me dejo tratar por Dios debe verse reflejado en mi vida, especialmente en la manera en que trato al otro. Esto lo vemos en **Hechos 10**, cuando Pedro le dice al Señor que por su garganta no ha pasado nada incompatible. Pedro al haber pasado por ese proceso de vida, fue enviado a otros para acompañarlos a vivir este mismo proceso. Es por eso que, el fruto se ve cuando se recibe con disposición. **Muchas veces podemos rechazar el alimento aun sin probarlo, y de esta manera, perdernos la oportunidad de recibir y reconocer aquello que nos hace bien.**

Por eso, lo que recibimos de un mensajero puede generar gran impacto, pero es el corazón dispuesto el que decide creer. Esto se va a reflejar en el sostenimiento del dueño del trono. Solo logramos comprender esto cuando Él viene a nuestro encuentro y nos hace ver que nada teníamos de aquello que creíamos tener. Entonces, nos permite reconocer que sí tenemos lo más importante: **a Cristo**.

¿Y cómo sabemos que lo tenemos? Porque nos dejamos investigar y tratar, como cuando David decía: *“Escudríñame, oh Dios, y conoce mi corazón”*. Cuando esto sucede, he entendido para qué me siento a la mesa del Rey: para ser corregido y aprender lo que sí es y lo que significa amar desde el Rey.



Entonces, me hago un discípulo, y un discípulo está diseñado para tener discípulos. Este no puede ser diferente a su maestro, sino que **vivirá lo que vivió su maestro.**

Cuando ese discípulo discipula a otros, va a tener la capacidad de recibir los golpes que vienen por llevar el evangelio. Sin embargo, el no mantenerme en la mesa del Rey y seguir creyendo a mi manera lo que es Dios, no me dejó tratar y pierdo la autoridad para sostener estos discípulos. Por eso, la Palabra nos dice que debemos dar cuenta de esa sangre, de aquel que estoy acompañando.

Entonces, **¿qué vamos a hacer con aquellos que el Señor trae a nuestro encuentro y que aún tienen naturaleza caída?**

Cuando ya hemos pasado por el proceso, debemos llevar a aquellos que el Señor trae a nuestro encuentro, a los pies de Cristo y gemir por ellos.

Levítico 17:11 nos muestra que la reconciliación con Dios está relacionada con la vida que está en la sangre: *“Porque el pescuezo de toda carne va con sangre, y yo os la he dado para hacer reconciliación sobre el altar por vuestras gargantas; y la sangre que está en la garganta hará reconciliación”* No puede haber reconciliación sin derramamiento de sangre. Gracias al perdón entramos en una nueva naturaleza.

Seguir la obra de Cristo trae aflicción, pero su fruto se va a ver después. El sacerdote sacrificaba al animal, y la sangre era presentada para hacer expiación (reconciliación). La sangre demostraba que verdaderamente había una víctima y que la vida había sido entregada por causa del pecado.

Y todo esto apunta a Cristo: Él es quien entrega su vida por nosotros, y por medio de su sangre tenemos reconciliación con Dios.

